

Armand Puig i Tàrrach

Mirar el mundo es amarillo



CPL



Capítulo 4

LOS PEQUEÑOS DEL REINO

1. LA CRISIS Y LOS PEQUEÑOS DEL REINO

Desde hace unos meses, y años, la palabra más repetida es «crisis». Es una palabra dolorosa para unos, objeto de análisis para otros, temida por parte de todos. Hemos pasado de la convicción de que el crecimiento económico sería infinito a la sensación de que nos costará muchísimo enmendarlo.

Temas como «austeridad» o «modestia» señalan lo que todos constatamos: que vivíamos por encima de nuestras posibilidades reales, que habíamos derrochado el dinero, y que es el momento de regresar a la justa medida, al equilibrio entre lo que se desea y lo que realmente se puede conseguir.

Justo es decir que, aunque de manera soterrada, se ha puesto en marcha un examen de conciencia colectivo, que es muy bienvenido. Cada día se levantan más voces a favor de la auto-crítica. Tenemos que aprender a vivir de otra manera.

Tenemos que reformular baremos y criterios, y el discurso moral debe volver a formar parte de la reflexión social e intelectual, también de la economía de mercado.

En este punto, el Evangelio y su carga enorme de moralidad, personal y colectiva, tiene un papel importante a jugar. En estos momentos en que la economía ya no es la panacea social y que el «crecimiento», la palabra mágica, se ha convertido en palabra fatídica, es el momento de repensar muchas cosas y avanzar hacia un nuevo orden personal y social. De hecho, antes que las estructuras, está el corazón, que es, según Jesús, donde residen las decisiones, las opciones y los afectos. Todo sale del corazón de la persona: «los pensamientos perversos» (Marcos 7,21-22) y los sentimientos que proceden del amor, «que es el vínculo de la unidad perfecta» (Colosenses 3,12-15). Las estructuras, en último término, son un reflejo de lo que las personas viven. Si la sociedad tiende a la injusticia, debemos preguntarnos cómo vive cada uno y cómo desarrolla el anhelo de justicia que brota de una conciencia recta y formada.

Nos preguntamos si el efecto más devastador del uso sin control de los bienes en el periodo precedente y de la aguda crisis que ha seguido a este periodo, no ha sido precisamente la merma de la humanidad. En tiempos de vacas gordas –los famosos siete años de la historia de José, hijo de Jacob, en Egipto (cf. Génesis 41,29-30)–, en tiempos del *boom*, cuando todos los indicadores macroeconómicos parecían imparables, se fue acentuando el sentimiento individualista. Dinero llama a dinero. Quien más gana, más quiere ganar. Y la espiral de la búsqueda del propio beneficio endurece el corazón y lo vuelve insensible.

Es cierto que en aquellos años las administraciones aún podían mantener un alto nivel de prestaciones sociales y sanitarias, pero también es cierto que, de manera imperceptible, se abría la brecha del amor por uno mismo, avivado por un anhelo nunca satisfecho por completo. De ello son prueba los abusos que se acumularon sin que nadie se atreviese a alzar la voz con claridad: personas con sueldos escandalosos, contratación en

negro, falsas fiscalidades, corrupción institucional... La moralidad caía en picado y la bonanza económica parecía excusarlo todo, incluso la creciente falta de humanidad en las relaciones entre personas. Empezaba a crecer la violencia difusa, pero todos vivían en una burbuja, y nadie quería salir de ella.

Pero la burbuja ha explotado. Han llegado los años de las vacas flacas, y la crisis se ha apoderado del país. Se ha pasado de la fantasía a la pesadilla, y muchos han quedado desarmados, incapaces de articular una respuesta, en estos momentos en que la economía ha perdido su condición casi divina. La angustia se extiende y la crisis es oscura como un túnel del que no se llega a ver la salida. La crisis económica es crisis de sociedad, y por eso ha empezado una profunda crisis de humanidad.

Las personalidades fuertes han empezado a manifestar comportamientos defensivos, pero que resultan ofensivos para las realidades débiles, condenadas en nombre de la crisis a una precariedad inaceptable en un Estado de derecho. Se empieza a escuchar discursos y se toman decisiones que contraponen a autóctonos y a extranjeros, a extranjeros con papeles y a extranjeros sin papeles, a jóvenes con contrato de trabajo (a menudo precario) y a jóvenes mayores de 26 años en el paro a los que se cuestiona la asistencia sanitaria, a personas que se pueden pagar toda la medicación que el médico les receta y a personas que tienen que escoger qué receta es la más necesaria porque no las pueden pagar todas, a familias que aún pueden pagar el alquiler y a familias desahuciadas que de golpe se quedan sin hogar, a ancianos que pueden vivir y a ancianos que tienen que malvivir, a niños que comen lo que es debido y a niños malnutridos y desnutridos... La lista se podría alargar.

Los débiles empiezan a sufrir de verdad, y el sentimiento de humanidad se funde. Es la hora de tomar decisiones personales y colectivas, pero decisiones que no traspasen la línea roja de la

dignidad del ser humano, hecho a imagen y semejanza de Dios mismo, y del quien dice Jesús: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Mateo 22,39). No se pueden confundir la corrección de los abusos existentes con la criminalización de los pobres y de los débiles, de los extranjeros y de los parados. ¿O es que el lujo no es, en sí mismo, un abuso intolerable, cuando hay un Lázaro en la puerta de casa, enfermo y sin protección, que tan solo come las migas que caen de la mesa del rico (Lucas 16,19-21)? No se puede perder la humanidad en nombre de la crisis. Los extranjeros sin papeles deben ser tratados como personas, y recibir la sanidad gratuita a la que, hasta ahora, tenían derecho. No podemos privarles de ella en nombre de 500 millones de euros que necesitamos ahorrar, y más aún cuando muchos de ellos habían aportado riqueza al país con su trabajo. Los pobres no pueden ser los grandes damnificados por una crisis que es fruto de una economía sin principios éticos. Los «humildes del país» deben ser tratados con misericordia. Dice Jesús: «Tuve hambre y me disteis de comer [...], fui forastero y me hospedasteis [...], estuve enfermo y me visitasteis» (Mateo 25,35-36).

Debemos dar de comer en un país donde se tira tanta comida. Todos deben tener un hogar, en un país donde hay más de un millón de pisos vacíos. Es necesaria una asistencia sanitaria plena, sobre todo para quienes no se la pueden pagar.

El Evangelio de Jesús es luz de nuestra vida y criterio último de nuestros actos. Los pobres y desvalidos son los primeros hijos del Evangelio, tal como lo proclama la primera bienaventuranza (cf. Mateo 5,3). Jesucristo no ascendió a la cruz sin haber lavado antes los pies a sus discípulos. La Iglesia, siguiendo la voz de Jesús, «el buen pastor» (Juan 10,11) y «pastor supremo» (1 Pedro 5,4), no puede dejar de «poner en práctica» la palabra de su Señor (Juan 13,17) y preocuparse amorosamente por todos aquellos que le han sido confiados y que son los pequeños del Reino.

2. FUI FORASTERO Y ME ACOGISTEIS

«Fui forastero y me acogisteis» (Mateo 25,35). Esta es una de las seis palabras que Jesús, el rey del universo, dirige a quienes están reunidos a su derecha. Es la hora del «juicio final», el gran acontecimiento que cerrará la historia humana y la abre a una dimensión de novedad y de eternidad. Es la Pascua eterna, celebrada en la Jerusalén definitiva, la hora de las bodas del Cordeiro. En aquel momento de tránsito entre el mundo presente y el mundo futuro, se escuchan las palabras de quien ha recibido toda autoridad en el cielo y en la tierra, y que, por lo tanto, discierne con pleno conocimiento de causa. Jesús, crucificado y resucitado, habla a gente de «todas las naciones» (v. 32), en griego *panta ta ethnê*, es decir gente de todas las etnias del mundo, y, en consecuencia, de todas las religiones. Los cristianos, aquella «nación» (*ethnos*) que, según Mateo 21,43, debe dar frutos propios del Reino, también se encuentran presentes. Su presencia es completamente especial, ya que es una nación que conoce al Rey que habla, más aún, que lo reconoce como Señor y Salvador. Ahora bien, esta nación queda integrada en las otras naciones, como una más, ya que el criterio del Rey no es la pertenencia a un pueblo determinado, sino lo que cada persona habrá hecho en relación a los que él llama «mis hermanos más pequeños» (Mateo 25,40).

Así pues, la capacidad de ser misericordiosos es la aguja de la balanza que sopesa e interpela a cada discípulo de Cristo en el tiempo presente, en el ahora y en el aquí. La expresión «juicio final» es de carácter escatológico y, por tanto, se aplica al futuro y al presente, ya que el término «final» significa «definitivo», «decisivo». Cada día somos juzgados, porque cada día se verifica en nuestras vidas la salvación que hemos recibido. El texto de Mateo 25,31-46 se refiere, pues, al día a día, ya que es ahora y aquí que Jesús se identifica con los más pequeños,

con aquellos que son forasteros y deben ser acogidos. Afirma: «conmigo lo hicisteis» (v. 40). Sería fácil reescribir las palabras de Jesús y pasarlas al tiempo presente. Aplicándolas al caso de los forasteros, que ahora nos ocupa, es como si Jesús dijera: «Cada vez que acogéis a un forastero, a mí mismo me acogéis».

Pero volvamos al griego. El término «forastero» es la traducción de *xenos*, es decir «extranjero», «forastero» –de aquí el sustantivo «xenofobia» (odio al extranjero). La palabra «forastero» pretende incluir tanto a los que proceden de otro país (los extranjeros) como aquellos que, siendo del propio país, pueden ser equiparados a los extranjeros (los forasteros, las personas que son de «fuera»). En eso, el Evangelio es taxativo: ni una sola sombra de xenofobia puede empañar las palabras y los hechos de quienes lo siguen, sobre todo si estos son pastores del Pueblo de Dios. Al contrario, si acoger a un extranjero es acoger a Jesús, entonces tiene un valor parecido ponerse a orar delante del Santísimo y atender a un forastero/extranjero en la puerta de la iglesia. Y es que, como le gusta recordar al papa Francisco, «la carne de Cristo son los pobres». En este punto, tenemos que violentarnos. Los extranjeros pueden ser incómodos, exigentes, insistentes, incluso malcarados y aprovechados. Así pues, podemos juzgarlos con una punta de indignación (incluso justificada), o bien podemos mirarlos de la misma manera con que el samaritano miró al hombre herido al lado del camino, de quien desconocía su identidad: ¡aquel hombre era ciertamente un «forastero»! Dicho de otra manera, podemos dejarnos llevar por aquellos sentimientos que, de manera espontánea, nos conducen a juzgar y a condenar al otro, o bien podemos dejarnos atraer por los sentimientos de Cristo Jesús, que fomentan el Evangelio de la misericordia.

Este es, también, el dilema, hoy en día, en Europa: o levantar alambradas con pinchos en las fronteras de los estados, o bien

conceder visados por razones humanitarias, que permitan el paso hacia países o territorios que tengan lista la acogida de quienes lo han perdido todo. Las imágenes de estos días sacuden el alma de Europa. Las largas filas de personas, la mayoría de ellas jóvenes –los ancianos se han quedado en casa–, con recién nacidos y niños pequeños en brazos, que huyen de la guerra y del mal vivir, recuerdan el escalofriante exilio de 1939 entre nosotros. También recuerdan las hileras de soldados alemanes prisioneros, caminando por la nieve y deportados a Siberia en 1945. La trágica historia de las barcas-ataúd en el Mediterráneo o de los camiones-ataúd encontrados en Austria recuerdan los búnkeres de castigo de los *lager* nazis, donde las personas morían consumidas por el hambre –así murió san Maximiliano Kolbe, en la celda 18 de Auschwitz. Nosotros, ciudadanos de esta Europa de 2015, que conocemos los hechos, no podemos contemplarlos como quien contempla un documental que narre historias de otros tiempos. La conciencia europea, injertada de cristianismo, debe reaccionar. No valen excusas, del orden que sea. La emergencia humanitaria es tan grave que el egoísmo de los estados se convierte en una agresión a la humanidad.

Los que se van de su casa, no lo hacen porque sí. Los que abandonan Siria, Afganistán, Palestina o Somalia dejan tras de sí países destrozados por la guerra y/o por el terrorismo. Los que huyen de Eritrea se escapan de un país atenazado por un régimen que persigue a sus propios ciudadanos. Los países de alrededor han hecho cuanto han podido: por ejemplo, Líbano, el último país de la región en el que no hay una guerra abierta y en el que las religiones conviven, ha acogido a un millón de refugiados (sobre una población de unos cuatro millones y medio de personas). Mientras, los países de Europa discutían sobre las «cuotas» de refugiados (40.000 personas), como quien debate sobre mercancías peligrosas. El alma de Europa no puede que-

dar hipotecada y, a la larga, desfigurada por hechos como estos. El humanismo es uno de los signos de la identidad europea que se ha extendido por todo el mundo, y ahora Europa parece perder, con una xenofobia explícita o implícita, lo que la ha hecho grande y que procede de su raíz cristiana: el cuidado del otro.

El compromiso de todos y cada uno va más allá de los límites de las propias comunidades. La responsabilidad de los pastores del Pueblo de Dios y de todos los cristianos pasa por el anuncio y la puesta en práctica del Evangelio de Jesús *sine glossa*, es decir en su estado puro y primigenio. Las consideraciones geopolíticas nos ayudan a entender la situación y debemos conocerlas, pero el discurso cristiano se fundamenta sobre la Palabra de Dios –¡somos personas de Palabra!–, y el Evangelio es muy claro. En este sentido, reconstruir el alma de Europa es una tarea necesaria, y una de las maneras de hacerlo es frenando con la fuerza de la Palabra una xenofobia –a menudo latente, no formulada como tal– que es contraria al Evangelio de Jesús. El Señor nos dice: «Fui forastero y me acogisteis». Este es nuestro principio, nuestro punto de partida. Cada discípulo de Jesús debe trabajar, en todos los niveles, a favor de este Evangelio de la acogida generosa, y preparar así el próximo Año Santo de la Misericordia.

3. LOS POBRES, AMIGOS DE DIOS

Ha empezado el año 2017 con unos trastornos más que notables en la geopolítica mundial. El más visible, sin duda, ha sido la llegada a la presidencia de los Estados Unidos de América de Donald Trump, un hombre procedente del mundo de los negocios y hábil comunicador, que ha sabido sacar partido de un deseo soterrado de cambio en las clases medias norteamericanas, desconcertadas ante el mundo global y deseosas de una reafirmación identitaria. Trump ha empezado a mover ficha impulsando un neonacionalismo en el campo de las alianzas

estratégicas internacionales (menos próximo a la Unión Europea y a Alemania, que parecen pasar de aliados a casi rivales), promoviendo un modelo económico netamente proteccionista (que los mercados norteamericanos ven, de momento, con buenos ojos, ante el más que probable *sorpasso* de China) y reafirmando los valores presentes en la religión civil americana (donde se incluye el tema del aborto, aunque con la ausencia de otro grave atentado a la vida: la pena de muerte). Trump ha iniciado su camino de manera impetuosa y transmitiendo mucha seguridad en sus decisiones, aunque los votos que obtuvo son 50 millones en un país de 300 millones de habitantes.

El pasado 20 de enero, Trump juró el cargo de presidente sobre dos Biblias: su Biblia, regalada por su abuela cuando era niño, y la Biblia «oficial» del acto, la que había pertenecido al presidente Abraham Lincoln. Es completamente deseable que el nuevo presidente, protestante de confesión presbiterana, haga caso a la revelación cristiana en dos temas fundamentales: la verdad y los pobres. Desde hace un cierto tiempo, hemos entrado en lo que se llama el tiempo de la postverdad, en que la información que se propaga a través de las redes –las auténticas protagonistas de los nuevos sistemas de comunicación– no se mide por su adecuación a la verdad de los hechos, sino por su capacidad de modificarlos, aunque sea valiéndose de informaciones directamente falsas o expresamente imprecisas, y, por ello, tendenciosas. El octavo mandamiento de la Ley de Dios («No darás falso testimonio ni mentirás») y la quinta antítesis del Sermón de la montaña («Que vuestro hablar sea sí, sí, no, no. Lo que pasa de ahí viene del Maligno», Mateo 5,37) son lo suficientemente elocuentes. Hay una sola verdad, no dos o tres, y el hombre creyente debe mantenerla. Respecto a los pobres, baste recordar la exhortación de Zacarías 7,10: «No oprimáis a viudas y huérfanos, a emigrantes y pobres». O bien recordar lo que dice Job de sí mismo: «Yo era padre de los pobres,

abogado de extranjeros» (Job 29,16). En los Estados Unidos de América, los pobres son, entre otros, los enfermos de las periferias que no pueden pagarse las curas, y los extranjeros, utilizados primero y expulsados después.

No hay, pues, cristianismo sin una apuesta firme contra el enmascaramiento de la verdad y sin un compromiso a favor de los pobres de la tierra. Dicho de otra manera: sin una mirada global que tenga en cuenta a todo el planeta, la Iglesia quedaría atrapada en maneras de obrar que no son suyas y perdería la traducción efectiva del carácter universal del cristianismo. Una vez más, el peligro se encuentra en la acomodación a los vientos dominantes, la adaptación a la última ideología ascendente, la falta de espíritu crítico ante las posiciones ganadoras. Antes de tener un ideario sociopolítico determinado, un cristiano es un discípulo de Jesús, y por eso su ideario queda supeditado a los contenidos del Evangelio y a todo lo que se desprende de él. Hay una primacía del Evangelio de Jesús, que necesariamente cuestiona esta o aquella estrategia. Y, en el caso del catolicismo, se pide una adhesión sincera de mente y de corazón a la palabra pronunciada por el obispo de Roma, garante de la verdad del Evangelio con los demás obispos, y en último término con toda la Iglesia.

Algunos, como el periodista italiano Massimo Franco, han querido contraponer a Trump y al Papa, alabando las dotes comunicativas de ambos y contraponiendo su liderazgo. Este no es un buen planteamiento del problema. El mismo Papa se ha mostrado prudente a la hora de pronunciarse sobre Trump (véase la interesante entrevista concedida a *El País*, de 22 de enero de 2017). Ahora bien, durante la campaña electoral de este último, el Papa pidió a Donald Trump que cambiara su discurso sobre los inmigrantes, ya que proponía –y propone– construir un muro entre los Estados Unidos y la frontera mexicana. Y

podríamos añadir, a las propuestas de Trump, la supresión de la seguridad social pública para los más desfavorecidos —¡la atención sanitaria universal es indiscutible en las democracias europeas!—, lo cual comportaría dejar sin cobertura médica a quienes habitan en los barrios periféricos de las ciudades y en la América profunda.

Aquí es donde se debe tener presente la palabra del Papa, es decir su lectura del Evangelio de Jesús. Como decía Francisco en la entrevista citada, las ideologías «son refugios que te impiden tocar la realidad». Concretamente, una ideología que anteponga el propio fragmento, los problemas domésticos, no deja ver la amplitud de un mundo global y se autolimita peligrosamente. Porque «la realidad» ya no es un solo país, por mayor que sea, sino toda la humanidad, y por eso una ideología de tipo particularista, basada en la autosuficiencia, limita la «realidad» que es el mundo. Por eso, la corresponsabilidad debe ser global, porque ya no hay problemas estrictamente locales.

En términos teológicos, la Iglesia es una «realidad» que coincide con el conjunto de la humanidad, de manera que en un evangelio de tonos más judeocristianos y de perspectiva más local como el de Mateo, el mensaje final de Jesús resucitado es de amplio respiro universal: «Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos» (Mateo 28,19). ¿Pero quién tiene que llevar a término esta comunicación del Evangelio? La respuesta se encuentra en Mateo 21,43: «El Reino de Dios [...] se dará a un pueblo (*ethnei*) que produzca sus frutos». La conclusión es clara: la Iglesia es un pueblo de pueblos, es un «pueblo» mezclado, mixto, formado por gentes procedentes de «todos los pueblos», en el que ha desaparecido la noción de etnia. La Iglesia es una «etnia» sin «etnias», un pueblo en el que no cuentan las determinaciones étnicas, un no-espacio para una ideología que pretenda confundir la parte con el todo. Como dice el Papa

en la *Evangelii gaudium*, «el todo es superior a la parte» (núm. 234-237). La Iglesia no es, pues, una minoría, sino un pueblo. Es el Pueblo de Dios que «anuncia el Evangelio» (título del cap. III de *Evangelium gaudium*), «un pueblo para todos» (núm. 112-114), «un pueblo con muchos rostros» (núm. 115-118).

Con su visión profética, el papa Bergoglio ha visto que la Iglesia no puede limitarse a hablar de algunos temas referidos a la moral de la persona y a la disciplina eclesiástica, ni puede quedar atrapada en estrategias destinadas a garantizar el mantenimiento de ciertas posiciones o, incluso, de ciertos privilegios. El Papa invita a la Iglesia a reaccionar frente a la situación presente no replegándose en el búnker, con el riesgo de terminar siendo domesticada y/o poco significativa. Se trata de lo contrario, de hablar y de actuar de manera profética –este es el sentido del hagen lío bergogliano. Esto es lo que, según Andrea Riccardi, significa hablar de la fe con ternura y emoción, y, como objetivo último, formar un pueblo con una perspectiva inclusiva, es decir teniendo en cuenta también a los de fuera de la Iglesia. Lisa y llanamente, poner en práctica una de las palabras de orden de este pontificado: la Iglesia en salida.

4. CATALUÑA, ¿UN PAÍS SECULARIZADO?

Se dice y se repite que Cataluña es uno de los países más secularizados del sur de Europa. Se la compara con Bélgica y Holanda, y se analiza su situación en términos de descristianización y de desafección hacia la fe cristiana. Para rematarlo, se añade después que es un país laicizado, en que el factor religioso juega un papel marginal, y algunos afirman que los únicos lugares que le quedan a la Iglesia son las sacristías. También se dice, con cierta malevolencia, que la práctica sacramental es casi inexistente o que las vocaciones al ministerio presbiteral están a cero, que los conventos están vacíos y que ya no hay

jóvenes que quieran ser cristianos. Algunos emiten juicios duros contra la Iglesia y piensan que esta, y todo lo que la Iglesia representa, no debería tener un sitio significativo en la Cataluña de los próximos años. Hay muchas simplificaciones, e incluso juicios tendenciosos e interesados, en el hecho de presentar a Cataluña como una tierra secularizada, casi un desierto desde el punto de vista espiritual.

Me gustaría reflexionar desde algunos hechos concretos. Formulo de entrada esta tesis: el fenómeno determinante en la situación actual no es la secularización, sino la globalización y sus singularidades. Sin negar los impulsos secularizadores, más que visibles en ciertos aspectos de los comportamientos sociales, me parece que se deben leer estos impulsos en el marco de la globalización y de los enormes vaivenes sociales que estamos viviendo. En las sociedades occidentales, el estallido de la era tecnológica (la cuarta revolución industrial, que fusiona hombre y máquina), combinada con el sistema mercantilista (el mercado y el beneficio como dioses), y con la preponderancia de las emociones como criterio absoluto de verdad y decisión –¡incluso en relación con la experiencia religiosa!–, han provocado unas mutaciones colosales que hacen que el acto de fe se tambalee.

La creencia se empequeñece y se difumina ante tres «evidencias» que se consideran a sí mismas omnipotentes (la tecnología, el mercado, las emociones) y que se otorgan carácter absoluto, sin admitir crítica alguna a su omnipotencia. Así pues, no hace falta luchar contra una cierta idea de ateísmo, o bien denunciar a una filosofía relativista que mistifica el hecho religioso. Tan solo hace falta aferrarse a los tres elementos globales y transversales en los que se pone toda confianza: la tecnología con su fascinación, el mercado con su atracción, las emociones con su poder de someter a la voluntad. Los efectos de un

mundo global conllevan a menudo la erradicación del alma en personas y pueblos. El corazón se marchita o queda cautivo, se instala en la indiferencia y no reacciona ante las sollicitaciones a obrar el bien. La misericordia se va apagando y se esfuma la capacidad de interesarse por el otro. No hay espacio para la compasión y, por lo tanto, no hay espacio para el Dios que es amor y gratuidad. La indiferencia se globaliza.

Una de las consecuencias más visibles –y más dolorosas– de cuanto hemos dicho es la «globalización de la indiferencia». Esta expresión, muy repetida por el papa Francisco, se encuentra en el origen del descenso generalizado de la práctica sacramental, sobre todo en las conurbaciones de Barcelona y del área metropolitana. Las celebraciones dominicales de la Eucaristía tienen un índice de asistencia muy bajo, los bautismos han disminuido, las confirmaciones están bajo mínimos, las primeras comuniones pasan por momentos delicados, las uniones matrimoniales por la Iglesia son menos de una tercera parte del total, las exequias civiles aumentan. El vínculo personal con el Dios de Jesucristo se ha debilitado, y la Iglesia, sacramento del Reino, debe convivir con la indiferencia de muchas personas, que ni rezan ni saben rezar.

No obstante, la globalización de la indiferencia no es, entre nosotros, un dato cerrado e irreversible. Desde hace años, la sociedad catalana manifiesta una tendencia contraria que emerge de manera puntual y que, por lo tanto, debemos considerar latente en ella. Me refiero, por ejemplo, a la maratón solidaria que organiza cada año la televisión pública catalana, TV3, un amplio movimiento de solidaridad en referencia a la enfermedad y el deseo de contribuir a mejorar los avances que la puedan paliar, que llega a toda la geografía del país. En la misma categoría, entra el constante goteo de voluntariado y de donaciones a Cáritas, la organización «oficial» de la Igle-

sia católica en el campo de la atención a los necesitados, y a otras realidades eclesiales que tienen a los pobres como punto central de sus planteamientos. O bien en la recogida de alimentos, el llamado «el gran recapte» (el gran avituallamiento), que abastece de comida el llamado Banco de Alimentos. Podríamos citar otras realidades internas en cada diócesis, que reciben un pleno apoyo por parte de la ciudadanía. Últimamente, a partir de la gran manifestación del 18 de febrero, la cuestión de los refugiados ha hecho de Barcelona una ciudad que va a contracorriente en el conjunto de Europa. Mario Giro, viceministro de Asuntos Exteriores del gobierno de Italia, ha publicado que el mensaje de la manifestación de Barcelona es que, en relación a los inmigrantes, no valen actitudes temerosas y defensivas, ni hay cultura alguna amenazada (cf. www.huffington.it).

El clamor a favor de la acogida de los inmigrantes invita a pensar que este sigue siendo un país con un humus cristiano forjado a través de muchos siglos de historia. Esto no se desvanece con facilidad. Más bien nunca desaparece. Por ello me atrevería a decir que hemos pasado de un cristianismo explícito mayoritario, que se inscribía en una época de cristiandad ya ultrapasada, a un cristianismo implícito, por ahora igualmente mayoritario, que se manifiesta puntualmente pero con fuerza. Es verdad que la incógnita son las nuevas generaciones, los que ahora están por debajo de los 35-40 años. En el terreno religioso, pero también en otros, deberemos ver qué rumbo tomarán en los próximos años las personas de aquella edad. Sin embargo, no se puede obviar que la manifestación de 18 de febrero y el concierto en el Palau Sant Jordi siete días antes, pidiendo que se acogiera a los inmigrantes, eran expresión de un sentimiento de profunda humanidad a favor de la dignidad de personas heridas por la guerra.

Este sentimiento tiene un regusto a Evangelio. Lo muestra la asonancia entre el sencillo lema de la manifestación («quere-

mos acoger») y la escena evangélica del juicio final en la que Jesús invita a entrar en el Reino a quienes lo identificaron con los más pequeños: «fui forastero/extranjero, y me acogisteis» (Mateo 25,35). Lo muestra aún la relación entre su lema «nuestra casa, vuestra casa» y la recomendación de Jesús, cuando des un banquete, de invitar a «pobres, lisiados, cojos y ciegos» (Lucas 14,13), de manera que se sientan como en su casa. Las cenizas, basta con aventarlas para que el fuego vuelva a prender. Lo mismo pasa con el Evangelio de Jesús, que durante siglos ha sido el alma del pueblo catalán. La manifestación era un ejemplo de globalización de la preocupación por los pobres, entre ellos los refugiados. Así pues, difícilmente se puede decir que sea poscristiana una sociedad como la catalana, capaz de movilizarse de esta manera a favor de una causa que pertenece al núcleo duro del Evangelio. Así pues, no se puede afirmar *tout court* que Cataluña sea un país secularizado. Más bien, que en la sociedad catalana existe un cristianismo implícito mayoritario, que es necesario individualizar e interceptar con una misión evangélica valerosa e inteligente, siguiendo a *Evangelii nuntianti* y *Evangelii gaudium*.

Quisiera hacer notar, aún, que la manifestación de 18 de febrero estaba llena de grupos pertenecientes o vinculados a la Iglesia católica: gente de parroquias, de comunidades y de movimientos, jóvenes de agrupaciones *scout*, jóvenes de centros parroquiales para niños, familias de escuelas cristianas con sus hijos... Y muchos otros católicos sin adscripción, al lado de personas de otras confesiones y religiones, y, naturalmente, muchas otras personas que profesan un humanismo no religioso, pero sensible al tema de los refugiados. Pues bien, este es el campo donde se tiene que sembrar la buena semilla de la Palabra (cf. Mateo 13,38). Pero tengamos presente que no es un campo estéril. Es más bien un campo que admite y necesita una siembra del Evangelio. Y se necesitan sembradores que la hagan posible.

5. DOCTRINA SOCIAL, VIA HUMANITATIS

Se cumplen cincuenta años del 68, la fecha que marca la última gran revolución o movimiento de cambio en las sociedades occidentales y, por extensión, en todo el planeta. A raíz del congreso que se celebró en Barcelona sobre el tema (17-19 de enero de 2018), organizado por el Ateneo Universitario Sant Pacià, la Universidad de Barcelona y el Comité Pontificio de Ciencias Históricas, se concluyó que el 68 había conllevado –y esta fue una de las líneas dominantes– una crítica frontal al principio de autoridad (social, política, religiosa). Por otro lado, esta crítica casi no había tenido efecto sobre las bases socioeconómicas, y de hecho el capitalismo y el comunismo siguieron manteniendo sus posiciones ideológicamente contrapuestas en el interior de un mundo dividido en dos bloques herméticos en medio de lo que se denominó «la guerra fría». El 68 «calentó» las dos grandes opciones globales, sobre todo a la capitalista, con una crítica directa a las posiciones de los Estados Unidos de América, hecha a menudo por intelectuales del marxismo, la ideología *à la mode* en Occidente. Pero también hubo el amargo descubrimiento, con la primavera de Praga, de la represión comunista ejercida sobre un país con sed de libertad, rápidamente apagada por los tanques soviéticos.

El bloque occidental y su economía de mercado, es decir un liberalismo aplicado más o menos estrictamente, encontraba una alternativa en el bloque soviético, practicante de una economía colectivista en la que los medios de producción pertenecían al todopoderoso Estado, el cual tenía que garantizar el bienestar igualitario de todos los ciudadanos. Este dualismo ideológico quedaba a duras penas condicionado por los planteamientos de una socialdemocracia «a la sueca», que, en el marco de una economía de mercado, ofrecía buenas coberturas sociales a cambio de un alto porcentaje de impuestos. De hecho, no se

trataba de una tercera vía, sino de una primera vía corregida en sus excesos liberales, que dejaban sin salida a muchos ciudadanos, marginados por un sistema económico que confiaba a los mercados la solución «automática» de todos los problemas.

Pero con el tiempo se ha mostrado que la zanja entre personas y pueblos ha aumentado: los ricos cada vez son más ricos, y los pobres son cada vez más pobres. El hundimiento económico y político del bloque soviético, en los años ochenta del siglo pasado, abrió las puertas a un rampante neoliberalismo económico que proclamaba orgullosamente su «triumfo» sobre el comunismo marxista. ¡No se puede llenar la Plaza Roja de Moscú con armamento sofisticado a raíz de un gran desfile militar, mientras que, al mismo tiempo, en los almacenes *Cumi*, cerca de la misma Plaza, los estantes de artículos de primera necesidad están vacíos! Y, al mismo tiempo, no se puede llenar Manhattan de rascacielos y de tiendas de lujo, mientras que los pobres tienen que refugiarse en los pasillos de la Penn Station durante las gélidas noches de invierno en Nueva York. Han pasado casi treinta años desde la caída del Muro de Berlín, y ha emergido una humanidad marcada por la globalización y, al mismo tiempo, por un repliegue identitario que perjudica claramente a los pobres, entre los cuales se encuentran los refugiados, los migrantes, los periféricos de las grandes ciudades, los niños y los ancianos sin familia, las mujeres sin leyes que defiendan sus derechos... En nombre del «legítimo interés nacional» y de la «protección de las fronteras» se disimulan posiciones que practican un racismo que parecía pertenecer al pasado, aunque no muy lejano, y que había sembrado de muerte a Europa y a otras partes del mundo. Los últimos acontecimientos en territorio americano y europeo, con proclamas sobre «primero, los de aquí», añaden una segunda zanja de tipo identitario (autóctonos/extranjeros) a la primera zanja de tipo económico (ricos/pobres).

Es más necesaria que nunca una «tercera vía» real, la vía de la humanidad y de la humanización, la vía del Evangelio de Jesús, conocida tradicionalmente como Doctrina social de la Iglesia, o, si se quiere –tal como propone la cátedra que pronto se iniciará en el Ateneo Universitario Sant Pacià–, «Pensamiento y Acción social de la Iglesia», continuadora de SEDASE. El pasado 24 de mayo, en el marco de la reunión de la FUCE (Federación de Universidades Católicas de Europa) que se celebró en Lublín (Polonia), en la Universidad donde el papa san Juan Pablo II enseñó durante muchos años mientras era presbítero de Cravovia. Mons. Bruno Marie Duffée, secretario del Dicasterio para el Desarrollo Humano Integral, explicó las grandes líneas en que la Iglesia quiere moverse en el campo social durante los próximos años. Vale la pena retomarlas en un contexto mundial complejo como el actual, con confusiones y *fake news*, con faltas de visión e intentos de manipulación de la verdad. Debemos saber dónde nos encontramos y dónde deberíamos estar, qué nos propone la Iglesia y hacia dónde tenemos que avanzar.

El principio fundamental de la Doctrina Social de la Iglesia, expresado en el Compendio y en la *Evangelii gaudium*, es la dignidad de la persona humana. No solo se afirma la igualdad de todos los seres humanos, sino su igualdad en dignidad, y por ello cada persona debe recibir el cuidado y la atención que necesita por su condición de imagen de Dios y poseedora de un valor infinito. Tan absoluto es Dios como todas y cada una de sus criaturas, sus imágenes, los hombres y las mujeres que pueblan la tierra. El Evangelio nos invita a ser guardianes de nuestro hermano, próximos de quienes nos son próximos, expertos en humanidad. La reflexión sobre la persona humana como imagen de Dios brota del primer capítulo de la Biblia: «Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó, varón y mujer los creó» (Génesis 1,27). Pero hay una segunda reflexión, puesta en boca del Juez universal, quien dice a aque-

llos que ha situado a su derecha: «En verdad os digo que cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis» (Mateo 25,40). Los pobres son el punto máximo de concreción de la dignidad de la persona humana: ellos son merecedores de la máxima dignidad ya que el mismo Hijo de Dios les llama «mis hermanos más pequeños», y los convierte en criterio de verdad de la última verificación de la historia humana.

El segundo principio es el del desarrollo integral, que llega «a todos los hombres y a todo el hombre», como afirma el papa Pablo VI en la *Populorum progressio* (núm. 14). Que sea integral significa que integra elementos tan comprensivos como, además de la dignidad de la persona, la solidaridad, la subsidiariedad y el bien común. La persona humana debe crecer y construirse, debe alcanzar los máximos niveles de humanidad y de realización personal con y para los demás. Su proyecto no puede quedar limitado por un individualismo excluyente. La felicidad se encuentra en la dimensión comunitaria de la vida, significada por la relación solidaria con los demás y la búsqueda del bien común. Por otro lado, el desarrollo integral incluye una manera de construir la sociedad en que las primeras instancias sean las más próximas y se extiendan progresivamente hacia las demás. La persona tiene que crecer, y tiene que crecer la comunidad en su conjunto.

El tercer principio es el de la transversalidad. Debemos tener presente que los grandes temas de la justicia y de la paz, por un lado, y de la acción caritativa de la Iglesia (la caridad), por el otro, están fuertemente conectados entre ellos. Dicho de otra manera, los pobres y la paz se sitúan en el mismo campo de acción de la Iglesia. Esta debe hacerse presente en las sociedades europeas y globales como constructora de humanidad en nombre del Evangelio de Jesús, que es la fuerza motriz capaz de

impulsar un nuevo orden mundial, un mundo diferente. El viejo aforismo teológico, procedente de Cipriano de Cartago, *extra Ecclesiam nulla salus*, nos orienta hacia un segundo aforismo: *extra Evangelium nulla salus*, fuera del Evangelio no hay salvación. El Evangelio es la vía necesaria, que la Doctrina social de la Iglesia se encarga de plasmar con unas fórmulas precisas y adaptadas al mundo actual. La proximidad con los pobres y los periféricos y la construcción de la paz son los dos grandes retos que se plantean nuestras sociedades y que deben configurar la acción de la Iglesia. El otro reto es el de una ecología integral, en la que el cuidado de la tierra y el cuidado de los pobres encuentren atenciones y soluciones comunes. «El campo es el mundo», proclama Jesús en la explicación de la parábola del trigo y la cizaña (Mateo 13,38). Y es en este mundo donde se tiene que sembrar la semilla del Evangelio del Reino.